

habendi deseruit. Apostoli, quantum ad divitias, nihil, quantum ad voluntatem, totum mundum reliquerunt. S. HIER. IN MATHH.

Bonorum auctori aliter inherere non possumus, nisi cupiditatem à nobis, quæ omnium malorum radix est, abscindamus. S. GREG. HOM. IN EVANG.

Age, qui relinquere disponis omnia, te quoque inter relinquentia numerare memento; immo vero maxime, et principaliter abnega temetipsum, si desideras sequi eum, qui exinanivit propter te semetipsum. S. BERN. IN SERM.

deseo de poseer. Los apóstoles no dejaron riquezas, pero, con su voluntad ó deseo, lo abandonaron todo.

Para unirnos al autor de todo bien, no hay otro medio que arrancar de nosotros la codicia, que es la raíz de todos los males.

Tú, que te dispones á desprender de todo, no olvides de contarte á tí mismo entre los objetos de que has de desprender: al contrario, empieza por negarte á tí mismo, si quieres seguir á aquel que por tí se anonadó.

CONDICIONES.

(DESIGUALDAD DE LAS)

Qui despiciit pauperem, exprobrat factori ejus.

Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador.

(Prov. xvii, 5.)

Es indudable, hermanos míos, que al exponer nuestro divino Salvador á la multitud que le rodeaba, la parábola contenida en el Evangelio de este día, comparando el reino de los cielos con el grano de mostaza que germina y crece, y sirve de abrigo á las aves del cielo; quiso profetizar el establecimiento de su doctrina, que predi-

cada al principio en un rincón de la Judea á unos pescadores humildes é ignorantes, debía, con el tiempo, propagarse por todo el orbe, y reunir, por último, en su seno á los hombres de todas las naciones.

Pero me parece que en este ejemplo podemos aún encontrar otra enseñanza. El grano de mostaza es, como dice Jesucristo, la más pequeña de todas las semillas; y, sin embargo, el árbol que la produce llega á gran altura, y protege con sus ramas tutelares á unos seres que, vagando por la inmensidad de los aires, poco antes ni siquiera habían sospechado su existencia. ¿No veis hermanos míos, en esta especie de oposición, la primera enseñanza de aquella virtud que Jesucristo inculcaba de continuo á sus discípulos, como una de las bases más importantes de su doctrina, cuyo ejemplo les dió durante toda su vida, y que resumió en las siguientes palabras: El que se humilla será ensalzado? ¿No quiso darnos á entender con este precepto, que no debemos despreciar nunca aquellos seres que Dios ha hecho débiles y humildes en la apariencia? Con efecto; cuando ocultando su divina naturaleza bajo una forma humana, descendió de su trono de gloria para nacer, vivir y morir pobre, no teniendo por discípulos y amigos más que hombres pobres, escogiendo por enviados suyos á unos pobres, y por herederos á los más pobres y humildes de los hombres; ¿qué otra cosa quiso manifestarnos, sino que hijos todos de un mismo padre, la desigualdad de condiciones desaparece ante la majestad suprema; que los que miramos como inferiores á nosotros, serán tal vez sus predilectos y los que obtendrán la mejor parte en la repartición de su celestial herencia, si cumplieren fielmente su misión en este mundo? De consiguiente ¿no es tan ridículo como anticristiano ese menosprecio con que muchos tratan á los que, por su humilde cuna y por la escasez de bienes de fortuna, ocupan los últimos puestos de una sociedad que tanto pregona de civilizada? ¿Pueden llamarse cristianos los que hasta tal punto desconocen nuestro común origen y nuestra comun redención, y olvidan la suma sabiduría de Dios, cuyos impenetrables designios rigen el destino de cada hombre en particular y de la sociedad humana en general?

El Señor nos dice por boca de Salomón: *Qui despiciit pauperem, exprobrat factori ejus*: Quien menosprecia al pobre, insulta á su Criador. Esta máxima, esta lección de igualdad, proferida desde el trono por el más grande y sábio de los reyes es la que me propongo meditar con vosotros.

Voy á recordar al hombre su verdadera grandeza, trayéndole á la memoria su origen celestial. Voy á asentar la sociedad sobre la firme base de la religión. Ricos, si os despojo de unos títulos que os

envanecen y engañan, será para mostraros los únicos en que debéis fundar vuestra verdadera grandeza. Pobres, voy á manifestaros las ventajas de vuestra condicion para que no os ruboriceis de un estado que os engrandece. Imploramos la gracia del Espíritu Santo por la intercesion de la Virgen purísima, diciéndola: A. M.

1. Dios es quien hace los pobres. ¿Será preciso que me detenga á probar esta verdad? No; pues no creo que el humano orgullo lleve su exageracion hasta el punto de creer, que los grandes y los pequeños son de diverso origen. En vano se empeña la suerte en distinguir á los unos de los otros; pues el rico, á pesar de las suntuosidades y grandezas que parecen levantarle sobre los demás hombres, no puede fijar la vista en la choza del pobre sin reconocer, en la semejanza de las necesidades de ambos, la comunidad de su origen; ni puede mirar al mendigo, sin observar bajo los miserables harapos que le cubren, unas formas y unos rasgos iguales á los suyos propios; por más que se hallen estos rasgos cubiertos de oro y púrpura. En vano procura el noble potentado ocultar con nombres ilustres y títulos pomposos los estrechos lazos que le unen con el más pobre y humilde plebeyo: cuanto más antigua es su genealogía, más se aproxima al tronco comun á todo el género humano y al barro de que fué formado el primer hombre.

Si todos tenemos un mismo Padre, dice un profeta, ¿por qué nos menospreciamos unos á otros? ¿No vemos que semejante menosprecio cae sobre nuestro divino Criador? En efecto, el que menosprecia la obra de las manos de Dios, manifiesta claramente que tiene en muy poco semejante origen, ó que no reconoce, cuando ménos, toda su excelencia y grandeza.

Además de esto, vosotros los nobles sois tan celosos de la gloria de vuestros antepasados, que muchas veces parece os desdenáis de alternar con los demás hombres, sin considerar la gran distancia que tal vez media entre vuestros méritos y virtudes, y las de aquellos ilustres progenitores. Más ya que en la descendencia de ellos fundais el derecho que pensais tener al aprecio de los demás hombres, ¿por qué negais el vuestro al que os lo pide en nombre de vuestro comun Padre, en nombre del Dios que lo ha criado? ¿No dais á entender con esto, que teneis en más vuestro origen terrenal que el que procede de Dios? ¿No veis cuán cierto es, que el que menosprecia al pobre, menosprecia á Dios?

Algunos me dirán: Verdad es que el verdadero mérito es el que nosotros mismos nos hemos adquirido, y que más vale una sola vir-

tud personal, que la más noble prosapia; pero preciso es tambien reconocer, que tiene mucho de prudente y sábia aquella institucion humana, que honra al hombre benemérito hasta en la persona de sus hijos. Padres y madres, vosotros amais á vuestros hijos, y por lo mismo que los amais, quereis que los demás los amen y respeten. El que los honra, á vosotros mismos os honra; el que los injuria, os infiere la mayor de las ofensas. Más decid, hombres vanos, que tal lenguaje usais; ¿quién sois vosotros, en comparacion de aquel que ha hecho ese pobre á quien menospreciais? Por robusto que sea el derecho con que reclamais el respeto para con vuestros hijos, ¿no es infinitamente más robusto y sagrado el derecho con que el Señor de la tierra y de los cielos exige igual respeto en favor de los que son hijos suyos y hermanos vuestros? Vuestros nombres, vuestros derechos, vuestras virtudes y riquezas emanan de él, al paso que él no reconoce origen y todo se lo debe á sí mismo. Todos estos bienes nos pertenecen, decís vosotros, son absolutamente nuestros. ¡Insensatos! vosotros no sois más que simples depositarios de esos bienes: su verdadero y único dueño es Dios, que los ha criado á ellos lo mismo que á nosotros. Diré más: el pobre es la imágen de Dios; y el que desprecia la imágen de Dios, á Dios mismo menosprecia.

¡Oh perversidad incomprendible del corazon humano! ¡Hasta tal punto el hombre desconoce la excelencia de su origen y naturaleza, que prefiere al título nobilísimo de hijo é imágen de Dios, los vanos títulos fundados en las riquezas y consideraciones mundanas! Pero, por extraña que sea, hermanos míos, semejante aberracion, no debe causarnos gran sorpresa. Esos ricos insensatos que desprecian á los pobres ¿son hombres por ventura? ¿No han renunciado á la dignidad de la naturaleza humana, formándose con sus hábitos y sentimientos otra naturaleza material y ruin que les despoja de su primitiva grandeza? Si su alma, absorbida por los sentidos y devorada por el fuego de las pasiones, no conserva ya ningun rasgo de la augusta imágen del Criador, ¿cómo quereis que reconozcan en los otros hombres esta imágen? ¡Ah! ¡ojalá pudiera yo despertar en esas almas degeneradas el sentimiento de su propia dignidad, y hacerles ver el sello del Todopoderoso que en sí mismas llevan impreso! Algunas veces retrocedo con el pensamiento al tiempo de la creacion. Habla Dios; y á su voz, el caos se disipa, la materia se hace fecunda, brilla la luz, la tierra sale del abismo, millares de soles aparecen en el cielo, é infinitos mundos ruedan unos sobre otros en la inmensidad del espacio. Una mano invisible y poderosa mueve y conserva en constante armonía las partes todas de la creacion; preséntase el

espectáculo del universo, y esta obra portentosa que confunde nuestra inteligencia, no cuesta á Dios más que una sola palabra. Pero, cuando quiere criar al hombre, entra en consejo consigo mismo. Hagamos al hombre, dice, á nuestra imagen y semejanza. Hagamos al hombre á nuestra imagen. ¡Oh palabra admirable, que nunca debiéramos cansarnos de oír y meditar! ¿Qué más hizo Dios cuando quiso consagrar á los grandes y poderosos de la tierra? ¿Profirió acaso palabra alguna que superase la fuerza de aquella expresion? No; pues si dijo á los reyes: vosotros sois mis lugartenientes en la tierra; habia dicho antes al tiempo de criar al hombre: hagámosle á nuestra imagen y semejanza. Y sin embargo, amados hermanos, parece que en nuestra opinion esta imagen de Dios seria poco noble y digna si no la realzáramos con los vanos honores de la tierra. ¡Ah! no nos rebajemos hasta tal extremo, no menospreciemos así al Dios que nos ha criado; desechemos las ilusiones de la vanidad; no busquemos fuera de nosotros mismos una grandeza, que no podemos alcanzar sino elevando nuestra alma hasta el nivel de nuestra condicion; y persuadámonos de que la gloria del hombre, como la de Dios, está en la virtud y en la inteligencia.

Paso á examinar ahora bajo otro aspecto el texto que me he propuesto desenvolver: voy á probar que el que menosprecia al hombre, menosprecia á Dios, en cuanto se opone á los designios de su providencia con respecto á la desigual distribucion de las riquezas, y en cuanto atribuye, ó hace que el pobre atribuya á la Divinidad un plan indigno de su bondad, de su sabiduría y de su justicia infinitas.

2. Todo, hermanos míos, concurre á demostrarnos que hemos sido hechos para vivir en sociedad: el atractivo que á ella nos conduce desde que nacemos; las varias necesidades que nos obliga á buscar el auxilio de nuestros semejantes; la perfeccion de que nuestras facultades son capaces, y que no podemos alcanzar sin una íntima comunicacion con ellos; esos órganos, en fin, de que hemos sido provistos para hacernos más grata y apetecible esta misma comunicacion. En una palabra: ya sea que consideremos nuestras grandezas, ó que fijemos la atencion en nuestras miserias; ora escuchemos la voz del universo, ó investiguemos los secretos de nuestro corazon, siempre obtenemos el convencimiento de que Dios nos crió para que viviésemos en compañía de nuestros semejantes. Más este grande objeto, tan digno de la sabiduría y bondad del Criador, no podía lograrse sino por medio de la desigualdad de condiciones; porque sin ella, la sociedad careceria de los elementos que la constituyen y con-

servan; y los hombres, reunidos para su mútua utilidad, en vez de ayudarse, se perjudicarian unos á otros. En efecto, supongamos que existe una sociedad en que no hay pobres ni ricos. En este caso, desaparece desde luego el primer móvil de las acciones humanas, que es la recompensa y la pena; y como nadie puede mandar, tampoco nadie quiere obedecer. Prosigamos en la misma suposicion, y veamos á que quedan reducidas las artes y la industria. Las necesidades creadas por la comodidad suscitan las invenciones; el ingenio, alentado por la esperanza del lucro, produce las artes; la emulacion las perfecciona, la riqueza recompensa el trabajo y aumenta las producciones. Pero donde reina una absoluta igualdad, cada uno ha de bastarse á sí mismo, no pensando más que en satisfacer las necesidades materiales de la naturaleza: allí no hay emulacion ni recompensa para el trabajo; las artes no se cultivan; las ciencias carecen de objeto; la gloria no se conoce; las facultades del espíritu se embotan por falta de ejercicio; la civilizacion no tiene campo donde desarrollarse; y la sociedad queda reducida á un conjunto de hombres bárbaros y feroces, ocupados tan solo en conservarse, perpetuarse y defenderse.

Luego, si Dios es el autor de la sociedad, lo es tambien de la desigualdad de bienes y condiciones, sin la cual la sociedad no puede subsistir; y lo que S. Pablo decia, hablando de los reyes y príncipes, esto es, que unos y otros eran ordenados por Dios, puede decirse con igual razon de todos los estados sociales, pues todos estos diversos estados forman una maravillosa cadena que sostiene la sociedad; y siendo todos ellos igualmente necesarios para la realizacion del plan formado por Dios, están por lo mismo en el orden de Dios: el que á ellos se opone, se opone al orden establecido por Dios; y de consiguiente, el que desprecia al pobre, desprecia al mismo Dios.

En efecto, la intencion de Dios, hermanos míos, al distribuir con desigualdad los bienes terrenales, fué, como acabais de ver, unir á los ricos con los pobres por los vínculos del comun interés. Quería que fuesen dichosos los unos por los otros: que el pobre trabajase para el rico, y que éste, á su vez, auxiliase y protegiese al pobre: quería que cada una de estas condiciones concurriera á la formacion y conservacion de la sociedad; que gozára de sus ventajas y participara del público aprecio en razon de su utilidad. Así pues, por medio de la desigualdad, Dios introdujo el orden y la armonía en el mundo; pero el rico que desprecia al pobre, introduce, en cuanto de él depende, en el mundo el desorden y la confusion, se opone á los designios de la Providencia, y paraliza su curso. A este plan, tan digno de la sa-

biduría y bondad del Criador, y en virtud del cual cada individuo de la sociedad debe contribuir al bienestar de los otros, el rico sustituye otro plan caprichoso y extravagante, según el cual, un corto número de privilegiados gozan á costa de los demás hombres; y, sin embargo, en su loco desvanecimiento se persuade y quiere persuadir á los otros, que este plan, no obstante la notoria injusticia y odiosidad que entraña, es el plan propuesto por la misma Divinidad.

Así pues, el que menosprecia al pobre, no solamente desprecia á Dios, que lo ha hecho, sino que, según se desprende de las precedentes reflexiones, le acusa de haberlo hecho, y condena su sabiduría, su justicia y su bondad. ¿Cuál sería, en efecto, la bondad de Dios, si hubiese criado á los pobres para entregarlos al desprecio de los ricos? si mientras con mano pródiga distribuye á éstos las comodidades y placeres de la vida, reservase tan solo para aquéllos los suspiros, las lágrimas y el oprobio de sus semejantes? ¿Qué mal han hecho á Dios estos infortunados para ser tratados de tan diversa manera? ¿No son hijos suyos como los ricos, y no son como ellos formados á su imagen? ¿No tienen igual derecho que los ricos al amor de Dios y de sus semejantes? Parece imposible que hombre alguno lleve su insensatez hasta el extremo de atribuir á la Divinidad tan absurdos designios. El impío, que desconoce las miras benéficas de la Providencia para con nosotros, la ultraja ménos procazmente que el que le atribuye un plan tan indigno de su bondad, de su sabiduría y de su justicia infinitas.

¿Quiénes son, en efecto, esos pobres para con los cuales mostramos á menudo tan poca consideración? Son la porción más numerosa, interesante y útil de la sociedad humana; son el sostén de los Estados, los que con sus brazos preparan los vestidos que nos cubren, los alimentos que nos sustentan, y los objetos todos con que satisfacemos nuestras necesidades y placeres. ¿Qué de trabajos y fatigas no les cuesta esa infinidad de cosas que gozamos con tan poco reconocimiento! No me detendré á enumerar la multitud de oficios peligrosos de los cuales son víctimas tan gran número de obreros; ni esa variedad de manipulaciones mal sanas, que arruinan la salud y abrevian la existencia de los que á ellas se dedican.

No trataré de hacer comparaciones, siempre odiosas, entre las virtudes y los vicios de los ricos y de los pobres, pues temería que la compasión me impidiese mantener en equilibrio la balanza. Observaré tan solo, que si los pobres tienen vicios, tienen también ciertas virtudes, que parecen propias de su estado; que algunas virtudes son mucho más difíciles de practicar en medio de la miseria y de las

privaciones, que en el seno de la abundancia; que los vicios de los pobres les son muchas veces inoculados por el ejemplo de las clases elevadas; y que otras veces son efecto de la ignorancia y de la falta de educación religiosa. Ahora, pues, ¿sería posible que, como aparentan creerlo algunos ricos, Dios hubiese entregado desde un principio esos desgraciados al desprecio de los poderosos, y que les hubiese arrojado á la tierra como viles criaturas condenadas al oprobio y á la desesperación? ¿Qué poco conocen á Dios esos ricos insensatos! Ellos le exponen á parecer injusto á los ojos del pobre; ellos son causa muchas veces de que éste se rebele contra su Criador, y murmure y blasfeme de su providencia. No es por tanto de extrañar, que el Sabio los cuente en el número de los impíos y menospreciadores de Dios, y diga que el que desprecia al pobre, desprecia al Dios que lo ha criado.

Empero, demos gracias al Omnipotente, hermanos míos, por los frutos que el árbol de vida ha producido en todo el universo. El cristiano puede felizmente contemplar como el sol radiante de la religión extiende sus benéficos rayos hasta los pueblos más bárbaros y remotos. En ninguna nación culta hay ahora que deplorar, como en Esparta, la triste suerte de una tierna criatura mal formada, ó de un anciano decrepito, á quienes se inmolaba para librarlos de la miseria; ni como en Roma, la cruel exposición de los niños, hijos del libertinaje, destinados para pasto de las fieras. El rico de nuestros días no se goza ya contemplando el bárbaro espectáculo de los gladiadores; y el pobre á quien la Providencia parece haber puesto en manos de un dueño, no tiene que temer la suerte de aquellos desventurados esclavos de Roma pagana, relegados á la otra parte del Tiber, ó sepultados en sus aguas. Desde que Jesucristo proclamó la emancipación de los pueblos, y mandó á los hombres que amasen á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos, todos los grandes sucesos acaecidos en nuestro globo han sido una especie de flujo continuo, que ha impelido á los pueblos al cumplimiento de su común destino. Hoy día no hay en la tierra comarca alguna que no haya oído la buena nueva, y cuyos miembros entorpecidos y paralizados por el hielo del error, no se hayan reanimado al acercarse el sol de la verdad. En todas partes los beneficios producidos por el Catolicismo han sido prodigiosos. La fe se ha mostrado tal como S. Pablo nos la había descrito: ha derribado montañas, y de sus fragmentos se han alzado templos en honor del Todopoderoso, asilos para la indigencia, techos hospitalarios para los enfermos y ancianos, casas de educación pa-

ra la infancia y para la edad madura, y otras mil instituciones benéficas.

Ahora conoceréis, hermanos míos, cuanto nos importa considerar de vez en cuando los designios de la Providencia con respecto á la desigual distribución de las riquezas. Así es como debemos aprender á conocer nuestros derechos y deberes respectivos. Si yo, hermanos míos, con mis palabras hubiese tenido la dicha de enseñároslos y hacéroslos amar; si con mi discurso hubiese logrado inspirar al pobre sentimientos de honor y dignidad capaces de elevarlo sobre las riquezas, y de hacer desaparecer de su frente la vergüenza de la pobreza; si le hubiese enseñado á ser humilde sin arrastrarse á los piés de los ricos, y á soportar con paciencia y resignación las penalidades de su estado; si le hubiese dado á conocer la necesidad de ser laborioso, fiel, justo, agradecido y virtuoso; si hubiese logrado al propio tiempo enseñar á los ricos el buen uso de las riquezas, y hacerles ver que éstas son un instrumento puesto en sus manos para vivificar la sociedad; si hubiese conseguido demostrarles la obligación que tienen de recompensar con su liberalidad los servicios del pobre, y corresponder á sus respetos con manifestaciones de interés y afecto; en una palabra, hermanos míos, si hubiese sido bastante dichoso para dulcificar la suerte de un solo infortunado, inspirar sentimientos de compasión á un solo rico, y asegurar la felicidad del Estado, asegurando la de los miembros que lo componen; este día formaría época entre los de mi vida, mi existencia no hubiera sido inútil, y mi ministerio obtendría nuevas bendiciones en la tierra y en el cielo. Amen.

DIVISIONES.

CONDICION.—Si nuestra condición es próspera, nos hace presuntuosos.

Si es miserable, nos conduce á la desesperación.

Si es mediana, nos mueve á envidia.

CONDICION.—Por distinta que sea la condición de los hombres, no debe ser obstáculo para amarse.

Por elevada que sea la dignidad de los hombres, estos deben ser prácticamente humildes.

Por humilde que sea la condición de los hombres, no debe ser un obstáculo para el perfeccionamiento.

CONDICION.—No hay inconstancia más perniciosa que la de los hombres que cambian continuamente de condición.

No hay impaciencia ménos justificable que la de los hombres constituidos en humilde condición, que se quejan de su estado.

No hay vanidad más importuna que la de los grandes que se hacen esclavos de su condición ó estado.

CONFERENCIAS

DE SAN VICENTE DE PAUL.

I.

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.

Bienaventurado aquel que piensa en el necesitado y en el pobre.

(*Psalm. xli, 2.*)

¡Alabado sea Dios! amados hermanos míos: la dicha que antes solo conocían los judíos, ya no la ignora ningún pueblo, merced á la influencia del Evangelio. El sentimiento de la piedad real por el pobre, ha penetrado tan profunda y universalmente hasta las entrañas del género humano, que sentirla y satisfacerla es, hoy, para toda sociedad cristiana, un gran deber; un deber imperioso hasta el punto de tener su consagración en la ley política, cuando á causa de la invasión del egoísmo ya no la tiene en la conciencia individual. Gracias á Dios, hermanos míos: pues, si hay naciones en que la ley ha tenido que denigrar la insensibilidad individual, la nuestra no ha dado motivos para ello; y asombra que, en medio de las revoluciones que hemos sufrido, se haya conservado viva la necesidad que siempre había-